



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13529

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts. Tres meses, 4'50 id. - EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 22 DE DICIEMBRE DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Correo postal en París: Mr. A. Lorcet, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

## Nuestra apatía en Marruecos

Como olvidada en las columnas de los periódicos rueda la noticia de que muy pronto se creará en Tetuán una oficina de correos sostenida y explotada por Alemania.

La noticia es sencilla, casi insignificante pero de extraordinaria trascendencia pero ni á nuestros políticos ni á nuestros grandes directores de opinión les preocupa.

El correo, nadie lo ignora, es un gran elemento de penetración pacífica, lento y al alcance de las gentes avisadas, como son los alemanes, que están en su papel tomando esa y otras medidas insidiosas.

España hace tiempo que tiene en Tángier una oficina de correos que pudiera haber sido núcleo de todo un sistema postal en Marruecos pero ¿quién piensa en eso?

También en Tetuán hace tiempo libremente en Marruecos la moneda es pañola de plata, pero los alemanes y los franceses, más listos que los españoles, comprendiendo que ese era un medio de estrechar vínculos con el país marroquí han puesto indirectamente el cordón a la circulación de la moneda española en Marruecos y le han dado en vez de ir avanzando en nuestra obra de penetración pacífica en Marruecos, vamos retrocediendo y se nos van cerrando las puertas de la famosa expansión comercial.

Cuando en el fin de los artículos de periódicos estamos á gran altura teórica en materia de expansión comercial marroquí pero prácticamente no se hace nada.

Aquí está sin ir más lejos el plan del anterior ministro de Fomento, muerto de risa, el plan no el ministro, y el libro ó folleto explicativo, que nadie lee ni aplica referente á la dicha expansión.

Muchas y buenas cosas se dicen y proponen en el tal libro, tales entre otras como la construcción de carreteras y ferrocarriles largos y cortos al interior de Marruecos, entre Ceuta y Tángier, pero ¿quién se enterará quién lo intenta, quién le da aire? Nadie, ni los grandes periódicos que sólo se ocupan de miradas sin provecho general, ni los representantes del país, ni los gobernantes, ni nadie.

Así es como los extranjeros nos toman en todo la delantera; y hay que confesar que hacen bien. Los alemanes establecen a viva voz oficinas de correos en Tetuán cosa que ya debíamos haber hecho nosotros; construyen las obras del puerto de Tángier, que también debíamos haber hecho nosotros; y poco á poco se van metiendo, como el fraile del cuento, en casa.

Nosotros no tenemos tiempo de ocuparnos de tales bagatelas; es más importante seguir al minuto los escarceos políticos y parlamentarios y pervertir el gusto con imitaciones de electicismo pasado de moda. Pero nada que sea fecundo práctico ni útil para el engrandecimiento nacional. Estamos á dos pasos de Marruecos, pero no llegamos á él porque nuestra apatía é indiferencia hace el efecto contrario y parece que nos separan millas de leguas del norte africano.

## CRONICA

Brumas y celajes. La noche es clara y serena. En el

negruzco azulado del cielo riela la luna rodeada de estrellas. Sus luces blancas y pálidas envuelven la tierra entre haces macarados de intensa claridad. Suave brisa mece blandamente las hojas de los árboles con los besos de sus aromas. Sin tenue soplo se mezcla al suave murmullo del arroyuelo que calambrea por la pradera cercana. Todo duerme y reposa en la tranquilidad apacible de la calma.

Es la hora en que la imaginación sueña; rasgando su envoltura material y terrena; remonta su vuelo por el campo infinito de la inmensidad, y la ilusión y la fantasía le empujan con ímpetus briosos hacia adelante, dejando, muy por debajo, la mezquina y prosaica realidad con sus ruidos y sus miserias. No sólo se sueña dormido. Los sueños mejores son aquellos en que la mente forma una quimera con todas las apariencias de vida real y efectiva. Por eso yo contemplo desde mi ventana, con deliciosa fruición, la Junguilla, a perspectiva que presenta la ciudad que duermo, y dejo vagar, durante largas horas, mi espíritu á su antojo. El crea quimeras y visiones, que sólo existen en mi cerebro; son imágenes fantasticadas por las románticas sensibilidades de una nostalgia febril y cálida.

Entre las mil ideas que en mi imaginación creadora se suceden, hay una que persiste con firmeza continuada, y se sobrepone á todas. Poco á poco va tomando cuerpo y forma; el desenvolvimiento de su esbozo se termina estumando una visión halagüeña y encantadora; va tomando existencia y forma, que semeja, en un todo, á las cosas reales... y por fin, pasa ante mi vista deslumbradora, dejando el ambiente embalsamado con el halo permanente de su belleza gentil y esbelta.

Es una visión que me deja, extasiado y confuso; no se que admirar más en ella, si la surgente belleza de sus encantos juveniles y naturales, ó la gracia candorosa é ingenua de su mirada clara y limpia, y la dulce y simpática expresión de su sonrisa bondadosa.

No es la primera vez que la veo en mi delirio. Hace mucho tiempo que se me presenta majestuosa y serena, cuando, en Tángier, noches otoñales, después de largas horas sobre las cuartillas, ella, con su blanca mano, frispa el cansancio al acariciar mi frente abrasada, y despeja mis pensamientos enardecidos por fiebres creadoras, que abotargan en mí la sensibilidad de los sentidos. Entonces parece vibrar en mi oído su voz armoniosa; su acento tiene argentinas sonoridades y ritmo de poema; es cual música grata que llega al alma con notas de armonía incomparable, que sólo vibran para mí. Yo no sé si hablo con ella. Yo ignoro si sus labios de grana se mueven, y si de su cuerpo escultural salen, cual arpaos trinos, los sonidos de su lenguaje. Sólo sé que, cuando se aparece en mis fantasías, conozco que gusta mi mano, que la impulsa á tañer las gastadas cuerdas de mi lira vieja y rota, que me inspira en mis versos, en una palabra que me da facilidades de rima y corrección de metro, iluminando, con su luz radiante, las oscuridades de mi estro poético, y que es mi musa, la genial, la impalpable que se me aparece entre ruidos de besos y batir de alas, rodeada siempre de luces y de colores, ciñendo su frente de vestal pagana la aureola mayestática de la inspiración y del ingenio.

Es ella, sí, como siempre hermosísima y extraordinaria. Pasa ante mí vestida de negro luto, y enuelta en aureola elámbide; negro es su cabello alera pelado y sedoso de azulados reflejos; negros sus ojos rasgados y grandes, de fugida y deslumbradora

mirada; negra es también la cinta de seda que rodea su garganta torneada y marmórea. Y todo este colorido, igual y uniforme, contrasta notablemente con su tez nacarada y blanca como nevados copos de los altos de la sierra, y con los delicados colores de sus mejillas que parecen sacados de las paletas de Murillo ó de Miguel Ángel, toda vez que son como hojas de rosas que palidecen ante los claveles de sus labios.

Su cuerpo, de líneas perfectas y acabadas, pudiera servir de modelo á esculturas de Fidias y de Praxiteles. A juzgar por la gasa de ondulados pliegues que la envuelve, parece su visión el tipo clásico de la Belleza pagana y de la espartana griega. Su andar es digno solamente de una reina, mejor dicho, de una diosa. Desde la curva ondulante y llena de su seno de mujer joven y fecunda, hasta la graciosa terminación de su piecicito gracioso y breve, todo en ella se mueve acompasadamente á su paso menudo y grave con casi imperceptibles balanceos, cual barquilla que surca el lago tranquilo; con los movimientos, tenues, y suetos, de la sílfide esbelta de las selvas vírgenes.

La veo sólo en el silencio de la noche. Su figura grabada en mi retina, persiste con continuidad hasta dar tiempo á que mi inspiración empiece á crear sus producciones. Ella hace vibrar mis pobres canciones con notas, algunas veces sentidas y tiernas, con melancolías y quejas, con ciertos anhelos de goces desconocidos, que se revelan en mis frases y en mis pensamientos todos.

Luego, cuando al nacer el día el sol aleja las sombras, dorando, con sus rayos candentes, la tierra, que volvió á la vida, la visión desaparece. Sólo queda de ella el impulso que, su acción benéfica, dió á mis ideas; la inspiración protectora que presta mi pluma, ya casi cansada y estéril. Vuella otra vez á la realidad desnuda y fría, á la existencia de una materia abyecta que se transforma. La verdad mata á la ilusión, con la brevedad que desvanecen las esperanzas. La realidad en el tormento de vivir forzados á la cadena de una rutina prosaica y pesada.

En vano busco la personificación de mi musa ideal en el alma de una mujer con bellezas reales y palpables. Pero es inútil porfiar. Hay una diferencia muy grande entre mi visión elegiaca de sueños de artista á las hembras

vulgares de nuestra sociedad. Quitando muy pocas excepciones de cultura y de sensibilidades, hoy casi todas tienen sus prejuicios, sus misticismos y sus mogigaterías, sus preocupaciones y su desmedido vanidad insulsa. Viven la vida orgánica de la costumbre y de la materia, cuando no la subyuga un romanticismo enfermizo, chabacano é inculco, con ímpetus salvajes y acometividades de liefa.

Pero no por eso desmayo; la lucha es la vida, y el vacilar, de espíritus cobardes ó débiles. Quiero hallar mi musa hecha mujer, pero la mujer nueva, la mujer fuerte que me ayude, como compañera á llevar esta existencia, acaso pesada y cargante. Quiero ver convertida en realidad y he de conseguirlo, á la musa ideal que se me aparece, inspirándome en mis ensueños de poeta, claramente dibujada con claridad radiante, entre celajes y brumas.

Isidro Esquer Grajera.

Para EL ECO DE CARTAGENA

## CANTARES

I  
Yo viví sin tu cariño  
y pienso si es que me falta  
según viví en el mismo.

II  
Dices que me tienes miedo  
siempre que te hablo de amor,  
es que hablan por mí los celos.

III  
Puntiendo mi guitarra  
doy libertad á mis penas  
y se aligera mi carga.

IV  
¿Quieres que te explique  
lo que por tí siento?  
si no lo comprendes ni aún en mis míseros  
cómo te lo expreso! (radas)

V  
Todas esas gracias  
que en tí he púesto Dios  
para mi tormento, morena del alma,  
sólo te las dió.

VI  
Tu desvío, la pena,  
se sembró en mi alma  
matando la semilla  
de la esperanza  
que desconsuelo!  
vivir sin esperanza  
de hallar remedio

## 134 EL MANDATO DE LA MUERTA

hinchaba su pecho intrudándole de una alegría desconocida.

La vida febril que había tenido durante un invierno, aquellos sacros abrasadores, aquella existencia llena de sacudidas, habían pasado sobre ella como una tormenta, agitando su carne, pero sin penetrar hasta el alma. En la frescura tranquila de la primavera entró de nuevo y súbitamente sus alegrías, sus tranquilidades de colegiala. Parecía que estaba aún en el convento o cuando era pequeña y corría hasta perder aliento bajo los árboles del patio. Y aquí el patio era toda la inmensa campiña, el prado y el parque, las jilas y las tierras que desaparecían en el vapor del horizonte.

Sus labios á trevélite, había jugado á correr y á escondersé detrás de los troncos de viejos árboles. En aquel goce conyunto á un despertar de juventud. Sus dieciocho años, cuya turbulencia ahogaba en los sálones por medio á arreglar los enrejados de un vestido, cantaban allí en el orgullo. Sentíase Juana vivir y era arrebatada por arrebato á súbitos que la hacían correr y reír como un muchacho. Aquella subida de saliva no era con más que fría, pues aún no había entrado en la pasión en aquella oscuridad de los campos; y se abandonaba únicamente á la ola de vida que adivinaba en ella.

La señora de Teller, al verla correr, se encogía de hombros; pero ella, el Manuel-Rouge, brevemente le decía:

## BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 131

X

La propiedad del señor Teller, llamada el Manuel-Rouge, extendíase sobre la duca prudente de un ribazo que bajaba hasta el Sena.

La habitación era una de esas casas grandes é irregulares, á las que cada propietario añade un trozo, y que acaban por parecerse á pueblitos, con sus techos de todas formas y todos colores. Costábale trabajo á la mirada, en medio de aquel laberinto de paredes, encontrar la casa primitiva construida de ladrillo y con dos alas de media vuelta. Las ventanas, largas y espartacas, daban sobre un prado cuyo césped llegaba hasta el río.

Detrás de la casa había un gran parque que ocupaba toda la altura del ribazo. Los árboles, de un verde obscuro en el azul del cielo, cubrían una lumenes cortina corrida sobre el agua. Llegando luego, del otro lado del Sena, había una casa sencilla hecha de ladrillo, con sus techos de colores que parecían de un colorido de colores de colores.

